

LEJOS DEL CIELO

POR JAIME MOLINA



Menú

[Portada](#)

[Título](#)

[Derechos](#)

[Dedicatoria](#)

Capítulos:

[El boxeador](#) / [El ruso](#) / [La jueza](#) / [El constructor](#) / [La mujer](#)
[Los mundos paralelos](#) / [Los mundos encontrados](#) / [Último](#)
[round](#)

[Sobre el autor](#)

Lejos del cielo

**Premio de Novela Vicente Blasco Ibáñez Ciudad de
Valencia (XVIII edición)**

Jaime Molina

Lejos del cielo

Edición EPUB

© Jaime Molina García

© Lejos del cielo

ISBN formato epub: 978-84-685-1864-0

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,

ni en todo, ni en parte,

ni registrada en o transmitida por,

un sistema de recuperación de información,

en ninguna forma y por ningún medio,

sea mecánico, fotoquímico, electrónico,

magnético, electroóptico,

por fotocopia o cualquier otro,

sin el permiso previo del autor.

Para mis hermanas Lina, Eva y Marta

Para mis hermanos Luis Carlos, Alberto y Daniel.

El boxeador

Pasaba del mediodía cuando Toni se despertó sobresaltado, sacudiendo con sus puños al aire, tratando de golpear a un enemigo inexistente. La habitación estaba a oscuras y Toni se encontró sentado en la cama; su frente estaba empapada por un sudor frío y el corazón le latía con fuerza. Estaba jadeando, confuso; ni siquiera recordaba que él mismo había bajado las persianas la madrugada anterior, antes de acostarse; miró a su alrededor, desorientado, sin comprender aún que acababa de despertarse de una pesadilla. Se levantó y caminó pesadamente hacia la ventana, bamboleándose ligeramente y tropezando con algunos muebles. Subió la persiana y abrió la ventana, dejando que la luz del día y el sonido proveniente de la calle inundaran la habitación.

La claridad le cegó momentáneamente. Se dirigió hacia el baño, abrió el grifo del lavabo y metió la cabeza dentro. Dejó que el agua resbalase por el rostro hasta el cuello, sin importarle la intensa sensación de frío. Se miró al espejo y observó con extrañeza su propia imagen reflejada, como si estuviese analizando a un desconocido. Pensó que toda su vida había sido un soñador, que había pasado sus días persiguiendo imposibles, imaginando que terminaría por llegar a lo más alto; que conquistaría la cima del éxito, que el triunfo le vendría dado. Pero las circunstancias no le ayudaron, recordó, y sucedió que un día despertó de ese sueño y todas sus expectativas se hicieron trizas. Ahora se encontraba de bruces con la realidad, la misma que le mostraba el espejo sin tapujos, y ésta era que no había pasado de ser un fracasado.

Recordó fugazmente los viejos tiempos, cuando él, Toni Carrascosa, todavía era una promesa del boxeo, un peso semipesado que estuvo a punto de alzarse con el campeonato de Europa. Las cosas le fueron bien hasta que un día descendió del ring para no volver a subir más. Colgó sus guantes y dijo adiós despidiéndose del público, de la gloria y de la idolatría que despertaba su imagen. ¿Dónde había quedado aquella promesa, aquel brillante deportista?, se preguntaba. Casi nadie se acordaba ya de su nombre. Sentía que había arrojado su vida al cubo de la basura.

Con un gesto de rabia, salpicó agua sobre el cristal del espejo, como si de esa forma pretendiese borrar su imagen, aunque sólo consiguió distorsionarla. Se puso una bata y se dirigió a la cocina. Abrió el frigorífico y rebuscó alguna fiambarrera que tuviese un resto de comida que pudiese calentarse fácilmente. Miriam le había traído un estofado muy sabroso hacía un par de días, ¿o eso había sido la semana anterior? Ya ni siquiera lo podía recordar. Se dijo que antes o después tendría que volver a llamarla, aunque no estaba seguro de si hacerlo entonces sería una buena idea. Tras la última discusión que habían tenido, él la echó de su casa y le dijo que no se le ocurriese volver. Pero siempre volvía, porque no podía resistirse a su llamada, reflexionó Toni, con una sonrisa de suficiencia. A falta de otra cosa, y sin ganas de salir al restaurante a por un menú para llevar, Toni terminó por prepararse un bocadillo que comió apresuradamente, no porque tuviera ninguna prisa, sino porque era el ritmo al que solía comer.

Consultó su reloj. Si salía a esa hora para el gimnasio, tenía tiempo para entrenar un par de horas. Le gustaba ir a esa hora porque era cuando menos gente había. Así que se vistió, preparó rápidamente la bolsa de deporte y bajó de dos en dos los peldaños de las escaleras. Por el camino se tropezó con un vecino que trató de detenerlo.

–Señor Carrascosa, tengo que hablar con usted –le interpeló.

Pero él siguió su camino como si nada. A sus espaldas oyó la misma voz que le recriminaba:

–Negándose a hablar no va a solucionar nada, señor Carrascosa. Debe seis meses en recibos de comunidad, y eso sin contar las cuotas extraordinarias.

Toni aceleró aún más el paso, ignorando las palabras que resonaban con un poco de eco, a través de la escalera.

–Por ese camino se encontrará con una denuncia de la comunidad, señor, no puede desentenderse de los pagos.

A esas alturas Toni ya había salido a la calle. Caminó las tres manzanas que lo separaban del gimnasio y una vez allí, se cambió en el vestuario.

Se había hecho socio del gimnasio antes de su retirada del mundo del boxeo profesional. Aquel recuerdo, cada vez que le venía a la cabeza, le resultaba doloroso. Tal vez por ese mismo motivo, nunca había dejado de entrenar.

Las paredes del gimnasio estaban decoradas con fotografías enmarcadas de algunos de los boxeadores más importantes de todos los tiempos: Joe Louis, Ray Sugar Orbison, Rocky Marciano, George Foreman, Mike Tyson, Oscar de la Hoya y prácticamente todos aquellos que habían sido campeones mundiales estaban expuestos en aquellas paredes deslustradas. De entre todos, Muhammad Ali era el más grande para él, el mejor boxeador de todos los tiempos, tal vez porque fue capaz de ganar el campeonato en tres ocasiones distintas, las dos últimas después de un

largo periodo en el que le denegaron el permiso para boxear en su país.

Siempre que pensaba en la historia de Muhammad Ali deseaba hacer suya la parte de esa biografía que atañía a su reaparición, como si se tratase de un sueño privado: regresar al cuadrilátero, volver a triunfar en los combates, vencer a sus oponentes y recuperar el prestigio de antaño. No sería el primer caso de un boxeador que volvía al ring tras un largo periodo de ausencia. Fantaseaba con su hipotético regreso mientras practicaba con entusiasmo diversos golpes en el saco, sacando la potencia de cada pegada desde los pies hasta el puño. Trataba de calcular el tiempo que le llevaría volver a estar en lo más alto, ser de nuevo aspirante a campeón de Europa, volver a ver su foto en los diarios, o incluso colgada en una de las paredes del gimnasio, con un recorte de periódico que dijese: "Toni Carrascosa arrasa de nuevo en el ring", o algo por el estilo. No le importaría, aun cuando a los socios de aquel gimnasio la foto les pasase desapercibida o ninguno supiese identificarlo entre tantas celebridades. De todas formas, él ya había perdido para siempre el aura de gloria que algún día pudo acariciar, era un fantasma en el mundo del boxeo, una leyenda olvidada. O tal vez ni siquiera eso. Algunos de los nuevos socios del gimnasio, una pandilla de imberbes con muy poco seso y menos técnica, se habían atrevido incluso en alguna ocasión a faltarle el respeto. Un par de ellos recurrían frecuentemente a la provocación y lo desafiaban a un enfrentamiento en el cuadrilátero intentando enojarlo con insolencias, llamándole cosas como cobarde y carcamal. En todas las ocasiones, sin embargo, Carrascosa había rehusado a las provocaciones, más por evitar enfrentamientos personales con los dueños que pudiesen conllevarle la expulsión del gimnasio que por temor a recibir ni un solo rasguño de esos descerebrados. Poco le habría costado subirlos al ring y sacudirles una buena tunda, a esos presun-

tuosos. Los socios de ahora pensaban que la juventud lo era todo, que lo principal consistía en adquirir una buena musculatura. Toni sabía que eso no era así, que el exceso de masa muscular disminuía el rendimiento de un buen boxeador. En el boxeo resultaba fundamental controlar el peso y el volumen del cuerpo, el boxeo requería muchísimo sacrificio, un entrenamiento continuado, seguir una dieta proteínica muy estricta, aumentar de peso equilibradamente, incrementar la fuerza pero no la masa. No era, por tanto, una simple cuestión de músculos. El boxeo también era coordinación, equilibrio, resistencia, rapidez, reflejos. Y sobre todo, cabeza. Requería tener la cabeza siempre fría.

Estuvo practicando con el saco algo más de media hora, y luego continuó con otros ejercicios, hasta que decidió dar por terminado su entrenamiento y vio cruzar por la puerta del gimnasio a Lucho Fornieles, un antiguo boxeador argentino que llevaba varios años entrenando con éxito a algunas de las nuevas promesas del boxeo. Toni llevaba tiempo anhelando un encuentro con Lucho, quería que lo entrenase, que lo preparase para su planeado regreso al ring. Sólo a él lo consideraba capaz de hacerse cargo de su preparación física, nadie sino él podía conseguir que el nombre de Toni Carrascosa volviese a salir en los carteles, a imprimirse en los periódicos.

–Lucho, ¿puedo hablar contigo un momento? –le interpelló Toni, abordándolo de improviso.

Lucho volvió su enorme cuerpo hacia Toni y lo examinó de arriba abajo, como si lo estuviese radiografiando.

–¿Qué se te ofrece?

–Estoy buscando entrenador, Lucho. Quiero volver a pelear, entrar en el circuito de los campeonatos. Me gustaría que tú fueses mi preparador.

–¿Te has vuelto loco? –dijo Lucho tras una breve pausa, en que se limitó a mirarlo a los ojos con un punto de sarcasmo–. ¿No comprendes que a cierta edad ya no se puede, no se debe, regresar?

–Sí, sabía que ibas a decir eso, Lucho –suspiró Toni–. Estaba preparado para esa objeción. Pero ha habido otros boxeadores antes que lo han hecho. Muhammad Ali lo hizo. Y también Foreman, y era mucho mayor que yo. Y consiguió ser campeón de los pesados.

–Sí claro, Foreman... Sucede que esos dos que has mencionado eran genios del boxeo. Tenían mucho más de lo que hay que tener, y por eso pudieron llegar tan lejos. El único problema es que tú no eres como ellos, si no, no andarías por uno de estos gimnasios, diciendo insensateces. Ni siquiera sé quién carajo eres. No seas loco y escucha: el boxeo no es para viejos. Hay que saber cuándo ha llegado el momento de retirarse. Y mirándote, diría que el tuyo ya pasó.

–Yo no soy viejo –respondió Toni con furia–. Y no he dejado de entrenar ni un solo día. Me llamo Toni Carrasosa, y fui subcampeón de Europa de los pesos medios... Infórmate, y verás que no miento. Yo sólo quiero que me entenes, Lucho. Te pagaré, tengo ahorros. Y prometo hacer todo lo que me digas.

–No jodas, pibe. No es una cuestión de plata. Simplemente no me gusta perder el tiempo.

–Conmigo no lo perderás, te lo aseguro.

Lucho lo miró con curiosidad. Finalmente se limitó a decir.

–Lo pensaré –respondió Lucho comenzando a volverse. Toni lo detuvo sujetándole un brazo con la mano.

–No Lucho, no quiero que lo pienses –dijo sin soltarlo–. Conozco esa frase y sé lo que significa. No quiero largas, quiero volver al boxeo, lo deseo con toda mi alma. Sea cual sea tu decisión, dímela ahora, dime sí o no, así de sencillo, pero no me digas que lo pensarás.

Lucho se soltó el brazo con brusquedad y Toni pudo sentir toda la fuerza que aún le quedaba, pese a su edad. Había algo en él que infundía respeto. Lucho había sido uno de los grandes, pero mirándolo no parecía estar acabado. Lucho había sido un triunfador, y ahora las cosas no le iban mal. Los dos hombres se sostuvieron la mirada por un instante. El gesto de Lucho era de contrariedad, y se le notaba irritado, molesto. Toni se encontraba en una situación de inferioridad, en primer lugar porque era quien más tenía que perder en todo ese asunto, y en segundo lugar, porque su estatura era menor que la de Lucho, y tenía que mirarle desde abajo. Sin embargo, Toni se había enfrentado a situaciones similares en muchos combates de boxeo. Había tenido enfrente a rivales más poderosos, más altos y más fuertes, pero él pudo vencerlos porque no permitió que el miedo se apoderara de él. Su situación con Lucho era semejante. Sabía que el más mínimo gesto que indicase un asomo de debilidad, lo echaría todo a perder. Tenía que permanecer en guardia, pero manteniendo su posición de ataque, imperturbable, a la espera de esa misma señal de debilidad con la que podría acabar con su oponente. Tras una pausa infinita, Lucho dijo:

–Está bien, voy a concederte una oportunidad, pero sólo una. Te haré una prueba, y si la superas con éxito, te entrenaré. Tienes arrestos, eso está claro. Y creo que estás un poco loco, lo que te hace una persona con determina-

ción. Esos, al fin y al cabo, son dos de los elementos necesarios para alcanzar el fin que te has propuesto, pero te advierto que no son los únicos que hacen falta. Toma mi dirección –dijo alcanzándole una tarjeta–. Tengo un gimnasio particular que tal vez conozcas. Allí entreno a mis muchachos. Pásate por allí el próximo lunes; puedes venir por la mañana, a primera hora. Te estaré esperando. Pero que quede bien clara una cosa: si lo haces mal, o si creo que no das la talla, o simplemente no acudes a la cita, olvídate de volver a pedírmelo. Ni siquiera sé por qué me molesto en hablar ahora contigo. He visto a muchos boxeadores en mi vida, y algo me dice que nunca podrás ser del tipo de los que triunfan. Ya veremos.

Y diciendo esto, se dio la vuelta. Toni se quedó con la tarjeta en la mano, y apenas si le dio tiempo de decir:

–Muchas gracias. Allí estaré sin falta. No te voy a defraudar.

Se quedó de pie sin variar su posición hasta que perdió de vista la figura de Lucho, que abandonaba el gimnasio. Se sintió feliz, aunque era consciente de que le esperaba una difícil prueba. Pasó todavía media hora más en el gimnasio, entrenando duro. Luego tuvo una sesión de sauna y terminó con una ducha. Para entonces eran ya cerca de las seis de la tarde. Suspiró. Debía prepararse para ir a trabajar.

Desde que había dejado el boxeo profesional, había tenido varios trabajos que había ido sucesivamente abandonando, por diferentes motivos. Algunas veces porque se le requería sólo para unos meses; otras porque simplemente el dueño del negocio no le gustaba o porque sucedía justo lo contrario; las menos, porque le pagaban con un retraso que no podía permitirse. Se acordó de uno de los tra-

bajos que tuvo como vigilante jurado en unos almacenes. El dueño dejó de pagarle durante tres meses, por problemas económicos. Al final tuvo que presentarse en su despacho para reclamar su paga, dispuesto a amenazarle con romperle los huesos si no le pagaba en aquel mismo instante. El tipo aquel no sólo le ignoró sino que incluso pareció ofenderse de que Toni hubiese tenido el atrevimiento de presentarse ante él con ese propósito. Cómodamente sentado en el sillón de su despacho, había intentando darle largas y despacharlo rápidamente. Entonces Toni le agarró por las solapas de la chaqueta y lo arrastró, haciéndole pasar por encima de la mesa, hasta el suelo. Una vez allí, inmovilizado por el pánico, ni siquiera había tenido que sacudirle, bastó con el ademán de levantar el brazo. Temblando como un flan, el hombre tartamudeó que no le pegase, que le pagaría, que saldaría su deuda en aquel mismo instante. Toni lo dejó libre y entonces el hombre abrió una pequeña caja fuerte de la que sacó un puñado de billetes. Toni le empujó, para contarlos. Tomó las tres mensualidades que le correspondían y terminó por vaciar el resto de la caja fuerte que apenas si tenía el equivalente de dos nóminas más.

–Esto no es un pago adelantado –le dijo Toni–. Es el finiquito, y la indemnización por los perjuicios.

Y guardándose el dinero en los bolsillos se fue de allí para no volver a aparecer. Su último empleo lo había encontrado hacía unos seis meses, y consistía en controlar la entrada principal de una macro-discoteca, una de las más concurridas de Madrid.

Básicamente, su trabajo como portero de la discoteca consistía en actuar de filtro y decidir, sobre la marcha, quién podía y quién no podía pasar. Existía por ejemplo, una limitación con la edad. Su forma de actuar era disciplinada. Si